

Carlos Thiebaut
thiebaut@hum.uc3m.es
Universidad Carlos III de Madrid

«Callamos de nosotros mismos». Las palabras de Francis Bacon, con las que se inicia el último párrafo del Prefacio a su *Instauratio Magna* y que Kant recogió como lema para su propia obra al comienzo de la *Crítica de la Razón Pura*, pueden tomarse como una pudorosa excusa para no hacer públicos los afectos y las emociones que pasan tan a primer plano cuando los amigos hablan de los amigos en ocasiones especiales como la de esta tarde. Callar nuestras emociones pareciera, en momentos así, ser una *conditio sine qua non* para poder hablar de filosofía, de la filosofía del amigo que es Javier Muguerza. Pues sucede que las emociones tienen una peligrosa condición o vocación invasiva: cuando se las hace patentes —por ejemplo, cuando se habla de amistad, de afecto— parece que sólo puede hablarse de ellas y justificarlas o justificar su aparecer en primer plano. Y, si así sucede, aquello que las suscitó queda oscurecido y un peligroso efecto podría ser que la amistad se confunda con su expresión o, a nuestros efectos, que la amistad se confunda con la filosofía. Pero hablar *ut si commotio non daretur* no es, por otra parte, tarea fácil, ni quizá posible; las emociones son partes de los pensamientos y éstos sin aquéllas de alguna forma quedan ciegos o incluso vacíos. Los pensamientos sin emociones, cabe incluso pensar, pueden hasta ser sospechosos: no sabe uno cómo tomarlos. La amistad, recordémoslo, era tanto un acicate como un obstáculo para Aristóteles, quien en su *Ética* reconocía aquello de que le era difícil pensar porque tenía que «hacerlo contra nuestros amigos», y esa amistad se trasluce en muchos de sus pasos e incluso, en los párrafos finales del *Organon*, hace de una forma de ella —del reconocimiento a quienes nos abrieron el camino de la filosofía —un criterio epistémico y normativo. Parecería, pues, que aunque callar de nosotros mismos sea un buen expediente de pudor, o un buen lema para encabezar un libro, no deja de ser una excusa al hablar de la filosofía de los amigos, y siguiendo lo que acabo de decir de Aristóteles, nos es difícil pensar sin emociones —el reconocimiento, el afecto, la amistad—al hacerlo. Y más cuando sucede como con Javier Muguerza que pensar sobre él, es decir, sobre lo que él ha pensado, requiere, a veces, hacerlo contra él, es decir, contra lo que él ha pensado.

Aunque en este caso él mismo, como suele, nos ha puesto las cosas fáciles. Muguerza, en una entrevista dada a Ignatius Zalartzamendi, pareció suscribir la propuesta hermenéutica de Nathanael Bittersweet que sostenía que la tradición había confundido en un *totum revolutum* a tres hermanos distintos en un solo filósofo falso: la trinidad de los hermanos Kant la constituían David Kant, un episte-



mólogo que llegó a escribir grandes fragmentos de la primera Crítica, Immanuel, quien escribió la segunda, y Georg Wilhelm Friedrich Kant, que fue quien, por último, redactó grandes fragmentos de la tercera, y casi todo el *Opus postumum*. Me cuentan que un colega de Argamasilla de Alba, Demócrito Melanjolición, ha sugerido, no sé si inspirado por Bittersweet, en un artículo incomprensiblemente rechazado en *Isegoría*, que hay tres hermanos Muguerza a quienes, por azares de perdidos archivos o por nuestra sola mala cabeza, confundimos como si fueran uno: el mayor, nacido en 1937, de nombre Adam, estudió en la London School of Economics, se doctoró en Cambridge con una tesis sobre la idea de preferencia en la escuela franciscana del s. XIII y redactó un par de capítulos de *La razón sin esperanza*; el título de la obra se lo dio, no obstante, Maimónides Muguerza, nacido, al parecer unos años después, pero en fecha imprecisa, quien pasó varios nebulosos años en un castillo alemán del que consiguió escaparse y, quien, por su parte, redactó la porción mayor de *Desde la perplejidad*. El hermano menor, de nombre Immanuel y de sobrenombre Junior —Immanuel, por cierto, como su abuelo— y cuya edad no le constaba al doctor Melanjolición, tiene prometidos varios libros en los que prosigue, quizá heréticamente, la saga filosófica familiar por derroteros metafísicos que promete, no obstante, serán morales aunque no trascendentales (signifique eso lo que signifique). Tengo para mí que la hipótesis es algo descabellada, pero quizá pensar a Javier Muguerza como una trinidad —o mejor, tríada— filosófica tiene sus ventajas, como la apuntada de que es fácil pensar sobre él a la vez que con él y contra él, es decir, pensar una parte de él contra otra de sí. No obstante, puede que estas ventajas tengan más de ilusorio que de real, porque si algo caracterizaría la tríada —o por qué no, la posible enéada— muguerziana es un cierto estar a contracorriente, o en la perplejidad, o como yo preferiría pensarlo, en un resistente escepticismo que no acaba de reconciliarse con su condición. Porque, *pace* Muguerza, el escéptico nunca se reconcilia consigo mismo; no abdica ni puede abdicar de sí mismo y se resiste a cualquier maniobra de encuadre o, como algunos prefieren pensarlo, de enmarque en un estilo o en una escuela. Así visto, Muguerza no sería perplejo, sino quizá un escéptico no reconciliado con serlo.

Mas Muguerza rechazó la posibilidad de pensarse como escéptico. Su argumento era que entendía, y con razón, que el escepticismo griego buscaba, como forma de vida, alguna suerte de quietud o de tranquilidad una vez superadas las angustias que producía el cúmulo de percepciones y creencias opuestas. Por eso prefirió el término «perplejidad» que denotaba, pensaba él, la imposibilidad de decidirse entre términos contradictorios —y entre ellos los que le parecieron más relevantes, como el de racionalidad y el de moralidad, o los usos teóricos y prácticos de la razón. Que la perplejidad de Muguerza se escoró pronto por los segundos términos de esas oposiciones —si oposiciones son— no negó la perplejidad, sino que la desplazó a otras parejas —como la de la racionalidad común y la autonomía personal— y es algo que se fue viendo en las obras que he mencionado. Que, no obstante, ello no clausura el camino y que la perplejidad, obstinadamente, se desplaza de nuevo —por ejemplo, a la posibilidad de hacer una metafísica moral que, no obstante, se resista a su apoyatura trascendental— es algo que todavía tenemos que comprobar qué forma final adopte. Ciertamente, vista así, la perplejidad tiene

a su favor un cierto dinamismo juvenil, o una cierta inquietud existencialista. Pero no creo que estos rasgos —que algunos pueden pensar positivos— tuvieran que negársele, incluso, al escepticismo. Porque el escepticismo moderno, el que funda, tal vez sin pretenderlo, Montaigne y desarrolla, en su secuela, Bacon, nada tiene de quietud reconciliada y sí mucho de exploración insatisfecha.

Viene esto al caso, en efecto, de una lectura opuesta a la que partía del lema de Bacon, «callamos de nosotros mismos», lema que no habla, evidentemente, de nada parecido al silencio que acompañará siempre a aquello que realmente nos importa —y que por importarnos acaba por eludirnos—, como los afectos o la posible definición existencial que cada uno busque hacer de sí, ni menos aún de la imposibilidad de aprehender en enunciados fenoménicos los fueros del yo nouménico —por emplear ahora la jerga kantiana. Esa lectura opuesta, o diferente, seguiría leyendo la cita de Bacon que Kant antepone a su *Crítica* recordando lo que en ella misma se recoge —pero que por estar en un raro latín tiende a no leerse—, a saber, que poco importa lo que el Embajador Bacon, luego Canciller, pensara de sí mismo —pues la obra ya decía lo que era relevante— sino que lo crucial era el tipo de tarea, cabalmente ilustrada, que le quedaba por hacer a sus lectores y las generaciones siguientes, tarea filosófica que el libro cartografiaba. Lo importante, en este caso, era la terminación de un error infinito sentando las bases epistemológicas que la *Instauratio Magna*, sobre todo en su segunda parte, el *Novum Organon*, quiso desarrollar. Probablemente a Muguerza le gustará, sobre todo, el final de la cita que recoge Kant, el final mismo del Prefacio, en el que el Canciller Bacon pide a sus lectores que no apresuren el juicio sobre lo se les propone y que él, en cualquier caso, no está dispuesto a someterse a los fueros de un tribunal que estima está, a su vez, sujeto a cuestionamiento —es decir, a aquel cuestionamiento que el mismo texto expondrá—. Ciertamente, si tantos ídolos rodeaban al Canciller, no iba él a justificar su tarea apelando a alguno de ellos o, en otro lenguaje, no iba la ciencia a volver a someterse a la opinión. Mas notemos, y éste es el punto filosófico al que quería ir llegando, que es el fundamento de la ciencia moderna el que se resiste a someterse al tribunal de las convenciones absolutistas —y esto a pesar del aprecio que el Canciller le tenía al muy absolutista rey Jacobo I que, como suelen los reyes, pronto le apeó de su gracia. Es ante ellas que ejerce un terapéutico escepticismo —o, si queremos, un escepticismo resistente—, ejercicio que habría de prolongarse admonitoriamente ante la razón misma, pues aquello que erró, tomando la opinión por verdad en el pasado, hará bien también en desconfiar de sí misma en el presente: la razón moderna, que es epistémica, es decir, que avanza por razones embridadas a la experiencia, es siempre tentativa. Obvio es que nosotros estamos lejos de pensar que todo nuestro conocimiento, y ni siquiera el científico, haya de tener el carácter inductivo que Bacon le asignó, pero ello no implica, no obstante, que por amplia que sea esa lejanía sostengamos que la opinión que le condenaba (y a la que él condenaba como ignorancia suma) tiene más de cierta que lo que tiene de incierto el inductivismo baconiano. Y no está mal, quizá, adoptar, como Kant hizo en su día, el lema —así entendido— que comentamos —callemos de nosotros— en tiempos en los que las nieblas absolutistas, aunque sea con otras guisas, parecen cernirse de nuevo sobre nosotros. La ilustración es tarea muy, pero que muy incompleta. Lo curioso del



asunto —y con ello clausuro la sugerencia de una lectura contraria de la cita que, espero, puede verse como apropiada para entender alguna filosofía de Muguerza— es que el Prefacio todo —sobre todo los párrafos inmediatos que anteceden al paso que cita Kant— parece, en muchas de sus frases, estar glosando el último capítulo de los *Essays* de Montaigne, el titulado «De la experiencia». Aunque es sabido que el Canciller tenía en gran aprecio dicha obra, no deja de ser paradójico que indique, contra ese capítulo y contra toda la obra de Montaigne, que son un monumento al hablar de sí (para poder hablar del mundo), que hemos de callar sobre nosotros mismos. O quizá no sea tan paradójico como parece, pues lo que por igual parecía importarles a Montaigne y a Bacon era que el único tribunal de nuestros juicios es nuestra experiencia y lo que luego, andando los siglos, acabaría llamando Kant el «pensar desde sí mismo». El francés lo hizo con un descarnado naturalismo que osaba hablar de sí sin recato; el inglés, con más cortesano pudor, solicitaba nuestro ilustrado juicio. A pesar de la diferencia de las jergas o los estilos (y no sé si dejar a los tientos de las sensibilidades la elección entre ellos), lo que dicen es lo mismo. Pues bien, éste es el escepticismo moderno —y si no nos gusta llamarlo así es porque se nos lastran las palabras de otros pesos—, como aquellos metafísicos que en forma de fingida amenaza hizo, desde Descartes, abominable el término.

No sé si con ello convencería a Muguerza de que se pensara escéptico, o, al menos, tan escéptico como perplejo, pero quisiera sugerir, para acabar, que tal vez no fuera mala actitud filosófica para comprender la obra que nos tenía prometida el tercer hermano de aquella imaginada tríada, Immanuel Muguerza, sobre la metafísica moral, o sobre sus prolegómenos. Porque el único espacio posible para hablar de lo que definitivamente nos importa, la ética, es ese incierto espacio de la experiencia y, siguiendo en ello a Montaigne, a Bacon y a Kant, la única manera de hacerlo es con el incierto lenguaje de nuestras razones —esas razones que intentan dar cuenta de la experiencia—, es decir, de ponerla en palabras que otros comprendan, aunque de su comprensión no se deduzca que las acepten. Ya sé que parece un oximorón excesivo, por no decir una clara contradicción, sugerir que una metafísica moral, o sus prolegómenos, han de tener una veta escéptica tan resistente como admonitoria. Resistente porque, como decía, con poco se reconcilia —y menos con la plétora de absolutismos que nos invaden—; admonitoria porque habrá que desconfiar de cualquier garantía aparente que dizque nos suministrarán nuestras postulaciones —por ejemplo, nuestras postulaciones hacia la metafísica misma— si se las desprovee de lo único que las hace humanas, por frágiles, a saber, de nuestros también frágiles ejercicios de racionalidad. Esa es la condición, no necesariamente de pérdida y quizá sí de ganancia, que suministra haber extraviado la teológica virtud de la esperanza o el haber desesperado de hacer de ella un fundamento. Pero habrá que esperar para saber cómo el tercer Muguerza, Immanuel Junior, sale del atolladero en el que, inevitablemente, ha de meterse. Tengo por seguro que ante sus palabras no callaremos.

